

HIROMI KAWAKAMI

VIDAS FRÁGILES,
NOCHES OSCURAS

TRADUCCIÓN DEL JAPONÉS
DE MARINA BORNAS MONTAÑA

BARCELONA 2015



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Yoru no koen*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2006 by Hiromi Kawakami
© de la traducción, 2015 by Marina Bornas Montaña
© de esta edición, 2015 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.

En la cubierta, detalle de *Stigmatizzazione*, de Giotto

ISBN: 978-84-16011-75-9

DEPÓSITO LEGAL: B. 23195-2015

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *noviembre de 2015*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

LILI. DE NOCHE
EN EL PARQUE

Lili Nakamura caminaba.

Era noche cerrada. Debían de ser las dos y media de la madrugada.

Lili paseaba despacio, jugando con una rama que había recogido en la entrada del parque.

Aunque era muy tarde, el parque estaba lleno.

Había gente cruzando el puente que salvaba el gran estanque. Una persona sola. Una pareja. Un grupo de cinco que hablaba en voz baja.

También había gente sentada en los bancos. Un anciano con un bastón en la mano, completamente inmóvil. Un hombre y una mujer sentados uno junto al otro. Una mujer tumbada con una pequeña bolsa doblada bajo la cabeza.

Otras personas caminaban. Una, en línea recta. Otra, haciendo eses. Alguien avanzaba lentamente, practicando claves de *kenpo*.

Una bicicleta de montaña adelantó a Lili con una ráfaga de aire. Ella levantó la cabeza y fijó la vista en la espalda ancha del chico de la bicicleta. Sintió un escalofrío.

El aire nocturno olía a tierra. El calor del día había remitido, y una fresca brisa invadía todos los rincones del parque.

—No quiero volver—susurró Lili.

«¿Por qué soy la única persona, entre toda esta gente, que tiene que irse?»—añadió entonces para sus adentros—. No quiero irme. Incluso me quedaría a vivir aquí».

Como es de suponer, la administración del parque era muy estricta y no habría permitido que nadie se instalase

en su interior. Además, Lili tenía un marido irreprochable: Yukio. Un marido irreprochable y un fabuloso piso de tres habitaciones que habían comprado gracias a una hipoteca a veinticinco años. En ese fabuloso piso estaba el «rincón de Lili», un espacio abierto de unos dos tatamis, situado entre la cocina y el pasillo. Estaba amueblado con una mesa de madera de haya, un sillón y unos estantes altos de color marrón oscuro, y era el lugar donde Lili trabajaba cuatro horas al día corrigiendo tesinas de acceso a la universidad.

Lili ya no quería a Yukio. No recordaba cuándo se había dado cuenta de que ya no estaba enamorada de él. ¿Qué era lo que no le gustaba? Tal vez fueran sus gestos inconscientes, como los movimientos de su mano al afeitarse o la inclinación de su brazo al sujetar la cuchara o los palillos mientras comía. Aunque también podían ser los ruidos que hacía, como su nítido carraspeo o el golpe ligeramente brusco con el que dejaba el maletín negro en el suelo del pasillo al llegar a casa.

¿Era todo eso lo que no le gustaba?

No, no era nada de eso. Cuando Lili todavía creía que Yukio le gustaba, él hacía los mismos gestos y ruidos que ahora. Había estado muy enamorada de Yukio. O eso creía. Incluso le había querido. O eso imaginaba.

Antes le parecía que su cuerpo y el de Yukio estaban hechos del mismo material, y que sus corazones latían a la misma temperatura.

Sin embargo, Lili ya no quería a Yukio. Al darse cuenta, se había sentido contrariada. Ni triste, ni sola. Era un sentimiento más intenso, como un chasquido de lengua. Además, se había sentido contrariada consigo misma, no con él.

Habría preferido seguir ignorándolo. Habría vivido mucho más tranquila.

En realidad, el hecho de admitir que ya no quería a Yukio

no tendría por qué haber cambiado nada, puesto que podría haber seguido tratándolo exactamente igual que hasta entonces. Pero Lili tenía demasiado amor propio para eso. O era demasiado sincera consigo misma.

«La culpa no es de Yukio—pensaba Lili, en el fondo de su corazón—. La culpa es mía. ¡A mis treinta y cinco años! ¡Y cuando me casé ya tenía treinta y tres! Es edad suficiente para distinguir según qué cosas. ¡Como si no tuviera uso de razón!».

Lili seguía caminando por el parque de noche, donde reinaba un bullicio contenido. En aquel momento, Yukio debía de estar dormido, respirando acompasadamente.

Se imaginó a Yukio dándose la vuelta en la cama. Empezaba moviendo las piernas, y luego giraba lentamente el tronco en la misma dirección. Entonces cambiaba los brazos de lado con un ruido seco, y emitía un débil gemido. «¡Con lo mucho que probablemente lo quería! ¡Con lo mucho que supuestamente me gustaba! Cuando se daba la vuelta hacia el borde de la cama, mi espalda se apoyaba en la suya. Y cuando se volvía hacia mí, sus brazos se entrelazaban brevemente con los míos para separarse luego en silencio, y entonces me dormía de nuevo».

Por un instante, Lili tuvo ganas de llorar, pero enseguida se contuvo y se limitó a pestañear ligeramente.

«¿Por qué echo de menos su piel?», suspiró a continuación. Llevaba mucho tiempo sin hacer el amor con Yukio, y no porque ella lo evitara. Por alguna u otra razón, ya no lo hacían.

«Siempre hay una explicación para todo—le habría dicho Haruna—. Seguro que Yukio ha notado que ya no te gusta. Eres una mala mujer», le habría reprochado.

Por eso Lili no le había dicho a Haruna, su mejor amiga, que añoraba el tacto de la piel de su marido. Ni siquiera

le había insinuado que ya no sentía lo mismo por él. Además, Haruna...

Lili caminaba por el parque, de noche.

Las viejas carpas del estanque chapoteaban en la superficie con sus cuerpos voluminosos. El agua murmuraba.

—¡Mira!—dijo alguien detrás de Lili, que estaba haciendo cola en la caja del supermercado.

Ella se volvió hacia la voz.

Había dos personas detrás de ella. Una era un chico. A Lili le bastó un simple vistazo para ver el contenido de la cesta verde que sujetaba bajo el brazo: leche, huevos, balsamina, una lata de carne, tofu firme y algas.

El chico llevaba una camiseta negra de manga corta y unos vaqueros que dejaban al descubierto sus pies casi desnudos, calzados sólo con las típicas chanclas marrones que las tabernas ponen a disposición de los comensales que necesitan levantarse durante la comida.

Lili se quedó mirando al muchacho.

—¡Vaya!—exclamó a continuación.

Lili y el chico se miraron fijamente durante unos instantes. La joven que hacía cola entre los dos hizo un pequeño movimiento y Lili apartó la mirada del chico. Él hizo lo mismo, pero más despacio. Cuando la cajera le anunció el importe de su compra, Lili se volvió de nuevo y sacó un billete del monedero. Notaba la mirada del chico clavada en su espalda. La joven que se interponía entre ambos carraspeó.

Lili cogió la cesta, se adelantó y empezó a colocar ordenadamente en la bolsa todo lo que había comprado: yogures, pepinos, berenjenas, salmón, un bote de aceitunas y pan.

El chico se acercó a ella e hizo lo mismo con su compra, pero sin orden ni concierto. Colocó la carne enlatada y el

tofu firme encima de los huevos. Por un instante, Lili tuvo la tentación de alargar la mano, coger la bolsa del muchacho y ordenarla como es debido, metiendo la lata de carne y la leche al fondo. Pero, naturalmente, no lo hizo.

—Nos hemos visto alguna vez, ¿verdad?—le preguntó tímidamente.

—Sí—le respondió él.

A Lili le pareció que tenía una voz muy bonita. Un tono intermedio y suave, ni muy agudo, ni muy grave, con una nota de dulzura.

—Se te da muy bien montar en bicicleta.

—¿Tú crees?—replicó el chico, con una media sonrisa.

—Es que yo no sé.

—¿En serio?—exclamó él.

Era el chico que siempre la adelantaba con una bicicleta de montaña en el parque, de noche. Hablaban como viejos conocidos, pero era la primera vez que se dirigían la palabra.

El joven la había adelantado varias veces. Hacía poco que Lili había empezado a identificar su silueta. No era muy observadora. «¿Cómo es posible que no veas las cosas que tienes delante de las narices?», solía reprocharle Haruna. «Las veo, sí que las veo, pero enseguida se me escapan», quería explicarle Lili, pero sólo habría servido para irritarla aún más y conseguir que le dijera: «Eso te pasa por no fijarte». Por eso no le decía nada. Además, Haruna...

El chico daba varias vueltas al parque. Mientras caminaba, Lili percibía la presencia de la bicicleta detrás de ella, luego notaba el aire que levantaba y al final, en un abrir y cerrar de ojos, la espalda del muchacho se confundía con la oscuridad. Era extraño que él la hubiera reconocido.

—Siempre te acercas por detrás y desapareces rápidamente—le dijo Lili.

Salieron juntos del supermercado. El chico era un poco más alto que ella, le sacaba una cabeza y media. Lili se llevó la mano al pelo, que se había cortado unos días antes, y se lo ahuecó con los dedos. Siempre lo hacía cuando estaba nerviosa.

—Por eso te he reconocido al verte de espaldas—le explicó él, mirándola desde arriba y dándole a entender que la había identificado precisamente al estar detrás de ella en la cola del supermercado.

—Y eso que me corté el pelo hace poco.

—No te he reconocido por tu pelo ni por tu ropa, sino por tu presencia.

Lili sintió una oleada de simpatía hacia aquel joven que le hablaba de su presencia. Inmediatamente después, se sorprendió de que aquel comentario le hubiera hecho gracia. Calculó las ventajas y los inconvenientes de semejante imprudencia y, al final, se guardó para sí la simpatía que tan a la ligera le había despertado el muchacho.

A Lili no le gustaba hacer cábalas. Como cualquier mujer normal y corriente de treinta y cinco años o más, solía calcular los beneficios y las pérdidas derivados de sus acciones, pero procuraba guardarlo en el subconsciente.

«¿Por qué siempre busco argumentos absurdos?», se preguntó sonriendo sin querer.

—Me gustaría cogerte de la mano—le dijo el chico, y tomó la mano de Lili.

Ella no lo rechazó, y su mano derecha se entrelazó con la mano izquierda del muchacho. Llevaban sus respectivas bolsas de la compra en la otra mano, ella en la izquierda y él, en la derecha.

Anduvieron un rato en silencio. Lili se dio cuenta de que el joven se esforzaba por adaptarse a su ritmo, puesto que caminaba de forma irregular. Daba un paso peque-

ño y luego una gran zancada que, probablemente, obedecía a su ritmo habitual. Justo después, volvía a dar dos pasos seguidos.

Así, sin soltarle la mano, fue como Lili llegó al piso del chico. Estaba situado en una de las laderas del parque, que tenía forma de mortero, al final de las escaleras que salvaban la pendiente. En aquel piso, que ocupaba la primera planta de un edificio de apartamentos de madera y yeso, Lili y el joven hicieron el amor.

—Siempre me has gustado—le susurró él al oído—. Hace mucho tiempo que lo pienso. Tu silueta de espaldas es preciosa.

Lo hicieron dos veces. Lili se sentía muy a gusto. El chico tenía un cuerpo flexible, pero era algo inexperto. Su falta de experiencia tranquilizó a Lili.

—Me gustas—repitió él, hundiendo la cara entre sus pechos—. Me gustas.

Ella no le respondió. «No tengo por qué ser sincera en un momento como éste», se dijo. Aun así, guardó silencio. Evocó sus encuentros íntimos con Yukio, y las imágenes se agolparon inmediatamente en su memoria. Le costó menos que evocar el rostro de Yukio.

El joven había optado por una postura distinta a la que solía escoger su marido.

—Tengo sed—dijo Lili. Él se levantó y sacó una botellita de la nevera. En cuanto abrió la nevera, Lili notó que olía a cal clorada.

—Yukio es un buen hombre—dijo Haruna.

Lili asintió.

Era un jueves por la tarde. Haruna había llegado sobre las tres con una botella de licor de ciruela. Los jueves le to-

caba jornada formativa y tenía fiesta. Haruna era profesora de inglés en un instituto para chicas de la ciudad.

Haruna empezó quejándose de que, desde que era tutora, tenía mucho más trabajo. A continuación, le hizo la misma pregunta que le hacía siempre que quedaban:

—¿Qué tal la vida de casada?

Era una especie de pregunta retórica, como un saludo convencional, pero Lili se molestaba cada vez que la oía e, inmediatamente después, se enfadaba consigo misma por haberse molestado. «Haruna es una buena chica. Mucho más que yo. Además, Haruna...».

Además, Haruna estaba enamorada de Yukio desde la noche en que se habían conocido.

—Pues bien—repuso Lili.

—Puede que yo también me case—musitó Haruna.

—¿Con quién?—quiso saber Lili.

—Con Ken, supongo—dijo Haruna. A continuación, le dirigió una rápida ojeada a Lili, que fingió no haberse dado cuenta.

A veces, los ojos de Haruna parecían un mar en calma.

¿Desde cuándo?

Lili lo sabía muy bien.

Desde la noche en que Haruna había conocido a Yukio. «Encantada de conocerte», había dicho ella. «Lo mismo digo», había respondido él. Haruna le había sonreído. Durante la cena, cuando les habían traído el plato principal, Lili había visto aquella mirada en los ojos de su amiga.

Una tarde húmeda y bochornosa. Una playa sin viento. Haruna, acurrucada en silencio, miraba a Yukio sin mirarlo. Sus ojos, que lo observaban todo con una mirada viva y despierta, se habían serenado como un mar en calma, pesados y vidriosos, sin mirar a Yukio pero mirándolo sólo a él.